



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La vida en una tierra que se reduce

Autor: Raud, Rein

Forma sugerida de citar: Raud, R. (1995). La vida en una tierra que se reduce. *Cuadernos Americanos*, 5(53), 203-208.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 53, (septiembre-octubre de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA VIDA EN UNA TIERRA QUE SE REDUCE

Por *Rein RAUD*
UNIVERSIDAD DE ESTONIA

PROBABLEMENTE ES UNA EXPERIENCIA FAMILIAR, para casi todos, volver a los espacios en un tiempo vastos de nuestra niñez, a los edificios que hace mucho tiempo parecieron grandes palacios, y volver sólo para hallar que tales edificios son, de hecho, sólo casas ordinarias, ni más grandes ni más pequeñas que aquellas a las que nos acostumbramos después, pero decididamente mucho más pequeñas que las memorias que hemos conservado de ellas. La explicación corriente es que entretanto hemos crecido. Pero la sensación misma no es muy diferente de la que experimenta cualquiera que, sentado confortablemente en el asiento reclinable de un avión que está por viajar al Lejano Oriente, empieza a leer un libro especialmente apropiado para este viaje—los recuerdos de viaje de Marco Polo, digamos— y luego se da cuenta que lo que es en nuestros días tan sólo una semana de vacaciones o inclusive un viaje de negocios más corto, ha sido la aventura de la vida hace sólo setecientos años, un viaje que duró también casi una vida. ¿Y qué pasa ahora con estos espacios?, nos preguntamos, ¿cómo han disminuido? Tras una breve ojeada a la primera página de cualquier periódico difícilmente es posible afirmar que el Hombre ha crecido entretanto.

La única explicación que queda es que si el Hombre no ha crecido, la Tierra misma debe de estar encogiendo. Esto tiene que ver, por supuesto, con la imagen, la idea mental que tenemos del planeta en que vivimos, no con el planeta mismo, y hemos visto que las ideas mentales reflejan nuestro propio ser tanto como transportan las cualidades de los objetos externos a los que se refieren. queda bastante claro que la relación entre las distancias y el tiempo ha cambiado considerablemente en el último siglo. Las distancias internas más largas concebidas—aquellas que antaño representaban una vida— han sido reducidas a una insignificancia. Y esto ha traído

una situación que no es la más fácil de afrontar: diferentes credos, diferentes visiones de la vida, diferentes tradiciones culturales que podrían, quizás, tolerarse mutuamente a una distancia satisfactoria, ahora se han hecho cercanos vecinos.

Un gran número de problemas que nuestra época debe enfrentar ha surgido, en mi opinión, precisamente de la controversia entre, por un lado, la integración económica y tecnológica que ha convertido la Tierra en una totalidad comprensiva por primera vez en la historia inteligente, y por otro lado, la absoluta inadecuación de los cambios en la mentalidad que han ocurrido durante la misma época. Para poner un ejemplo: ¿cómo puede una guerra religiosa en Medio Oriente haber beneficiado la economía de Noruega aun antes que los precios relativos del petróleo en el mercado mundial empezaran a influir sobre la idea que tienen los políticos de la justicia?

La mayoría de los problemas globales de nuestro tiempo son por naturaleza semióticos, aunque sus manifestaciones no lo sean, y han sido causados por la incapacidad de comunicación entre culturas, ante todo la incompatibilidad de sus marcos conceptuales, las diferentes definiciones dadas a nociones tan básicas como “bueno” y “malo”, “sagrado” y “profano”, “libertad” y “opresión”, “privado” y “público”, para nombrar unos pocos. Estas incompatibilidades, a su vez, pueden ahora ser llamadas las tensiones internas en la cultura global, un fenómeno que está, afortunadamente, aún en proceso de autoconstitución. Desgraciadamente para nosotros, debe subrayarse que esta totalidad cultural es resultado de la integración tecnológica, no de un desarrollo mental interno.

La fuente de un gran número de problemas que se cosechan en este contexto es fácilmente identificable. Obviamente, está en la naturaleza de toda cultura individual concebirse a sí misma como la mejor en las circunstancias dadas, aunque nunca lo sea realmente —pues de otra manera no funcionaría. Sin embargo, esta característica básica de la cultura estorba su capacidad de recibir con plena adecuación mensajes de otras culturas. Esto no tiene nada que ver con el nacionalismo, ya que el nacionalismo es un concepto político, que se basa la mayoría de las veces en nociones construidas artificialmente de lo que se supone es la “nación”. A su vez, cada cultura, probablemente es innecesario subrayarlo, tiene raíces heterogéneas y es, de este modo, multinacional por definición. Si alguna vez nos encontramos con lo que podría llamarse nacionalismo cultural —por ejemplo la resistencia a ciertas influen-

cias extranjeras que observamos en Francia— entonces es más probablemente un esfuerzo para preservar un cierto equilibrio de la cultura multinacional contra el avance de industrias reduccionistas y desarraigadas, me refiero a las que fueron tan adecuadamente descritas por Max Horkheimer y Theodor Adorno en su *Dialéctica de la ilustración* hace ya unos cincuenta años. Entre otras cosas, estas industrias promueven su propia teoría de la democracia apresurándose a adaptarse a las necesidades culturales más bajas, ya que éstas supuestamente dirigen la vida interior del mayor número de personas. En cierta jerga política, “democrático” es casi sinónimo de “gobernado por las reglas de la economía de mercado”, o sea por dinero, y por lo tanto la mayoría de los compradores es la que define la tendencia democrática como opuesta a las tendencias “intelectuales” y “elitistas”, que son condenadas por definición. Esta manera de pensar ha sido en años recientes recogida también por cierto número de teóricos de las tendencias, quienes justifican su declarada preferencia por la cultura de masas con la necesidad de resistencia a los cánones culturales y los moldes de represión institucional en ellos inscritos, olvidando el hecho que la llamada cultura popular es una herramienta de dominación mental mucho más poderosa.

Por lo tanto, una de las perspectivas de cultura global —la comercial— es convertirse en el sustituto fácilmente accesible que debe tomar el lugar de cada tradición individual y puede ser manufacturada en forma barata en grandes cantidades. Aunque esta cultura sustituta es generalmente desarrollada sobre la base de la cultura norteamericana (y el proceso mismo es llamado “norteamericanización” en la mayoría de los contextos), yo me inclino más bien a decir que la tradición cultural norteamericana está amenazada por el sustituto estandarizado global no menos —y quizás aún más— que todas las otras tradiciones culturales del mundo. Es “global”, por supuesto, sólo en el sentido que no tiene ninguna raíz local.

Sin embargo, es aún posible adoptar una visión diferente y concebir la cultura global como una que tiene raíces en todas partes. Cada tradición cultural podría entonces, idealmente, proveer la posibilidad de entrar en la totalidad global. Para nosotros, sería naturalmente nuestra propia tradición, la europea. Sin embargo, esto implica un cierto peligro, el de olvidar que la tradición europea es nuestra entrada a la cultura global porque es nuestra, no porque es superior a otras. Personalmente, considero la multiplicidad equi-

librada como una de las características fundamentales de la cultura europea durante todas las etapas históricas de su desarrollo. La estética del monasterio convivía con la estética de los caballeros errantes, los cortesanos sofisticados o los carnavales blasfemos en el espacio cultural integrado de la Edad Media, y cada una de estas estéticas también ofrecía una diferente visión del hombre como tal, una identidad moldeada por sus portadores. Cuando estas estéticas dieron paso a la concepción integrada del hombre durante el Renacimiento, el proceso fue paralelo al surgimiento de las lenguas vernáculas que introdujeron otro tipo de multiplicidad equilibrada en la esfera cultural. Este último fenómeno, ahora transformado en la visión de naciones o Estados nacionales que coexisten pacíficamente, aún forma el punto de partida de la mayoría de los debates políticos actuales. Permítanme recordar al pasar que aunque la integración política parece hacer obsoleta la forma tradicional de Estado-nación, en inglés y francés las palabras *state* y *état* aún significan un estado de ser tanto como una entidad política. A su debido tiempo, la multiplicidad nacional fue complementada por un concepto enormemente productivo, aunque ambiguo, de ciudadanía, que provee el marco social para la libertad individual y, correlativamente, para una multiplicidad legítima de individuos.

Sin embargo y —siento decirlo— no paradójicamente, las nociones de libertad, igualdad y fraternidad fueron proclamadas la base de la política ideal de forma casi simultánea con una campaña hasta entonces nunca vista de colocar las vidas de los individuos libres por razones ideológicas bajo la ley civil —me refiero a los años del Terror que siguieron a la Revolución Francesa. La idea del terror como un medio de alcanzar fines elevados tiene un parecido tipológico tanto con la persecución eclesiástica de los herejes que eligieron amar a su prójimo de manera diferente en su época y, hemos de admitirlo, también algunas manifestaciones de la auto-proclamada superioridad de la civilización tecnológica que Europa ha exportado al resto del mundo. Lo que vemos aquí es en muchos sentidos la imagen reflejada de la controversia entre el progreso tecnológico y el estancamiento mental: la multiplicidad de la cultura global es aceptada por algunos voceros de la tradición europea sólo en superficie, sólo en cuanto adhiere a algunos principios básicos que la tradición europea reconoce como propios. La cultura global está siendo canalizada en la camisa de fuerza de una intrínseca unidad sobre una base europea, aunque esta misma base descansa en la multiplicidad para su existencia. Sería peor, por supuesto,

pero aún las diferencias entre una visión avanzada estandarizada del mundo y la cultura sustituta comercial, aunque visibles, son menos significativas que las semejanzas, y en muchos países han hecho una aparición conjunta exitosa, tanto en la Europa geográfica como fuera de sus fronteras.

Ahora esperen un minuto, podrían decir. ¿Y qué acerca de los valores? Seguramente en la base de esta cultura global debe haber una serie de valores acordados, como derechos humanos, democracia y economía de mercado. ¿No es posible llamar al respeto por los derechos humanos y la democracia una camisa de fuerza, ahora? Podría equivocarme, pero temo que la única respuesta posible y completamente honesta a esto puede ser, en nuestros tiempos turbulentos, una complicada mezcla de "sí" y "no". No hay duda que cuanto más avanzada sea una civilización, menos recurre a la violencia inmediata, y estos conceptos quieren decir precisamente que se restringe y, si es dable, que se evita en lo posible la violencia. Vamos a dejar de lado por el momento otras formas, más encubiertas, de violencia. Sin embargo, es también evidente que, por ejemplo, los "derechos humanos" mismos son un concepto bastante flexible. Por otro lado, cualquier constructo teórico que haya adquirido el *status* discursivo de un argumento final está destinado a ser mal usado, transformado y subyugado a intereses políticos y económicos particulares. Este concepto transformado es luego amplificado y puesto en circulación por los medios de información. Entiéndanme correctamente: no estoy para nada contra el concepto, sólo contra cierto uso del mismo. Todos sabemos de casos donde la violación de los derechos humanos es reconocida si y sólo si ciertos gobiernos y/o ciertos periódicos lo dicen, independientemente de lo que realmente esté pasando. Por otro lado, es imposible definir una serie de valores contra un trasfondo mental limitado, pero para uso ilimitado. Es equivocado tanto forzar a usar el velo a una mujer que no adhiere a la fe musulmana como forzar a una que lo es a sacárselo. O, en otros términos, las dificultades de ser una mujer liberada en una sociedad son comparables con no serlo en otra. Como hemos visto, está en la naturaleza de las culturas ajustar categorías universales a sus propios marcos conceptuales, y si les negamos estos derechos, violamos los mecanismos internos de la cultura, y por consiguiente también ciertos derechos de los portadores de determinadas culturas. Generalmente esto se hace en nombre de una supuesta estabilidad política. Pero hay mucho más en los derechos humanos de lo que generalmente se supone en el discurso político. Para exagerar

un poco: bajo las normas de tales valores uniformes es probablemente permitido exponer a seres humanos a tortura mental y violencia encubierta mientras que sus derechos humanos sean respetados. Nunca voy a discutir contra el libre tráfico de información, pero es también obvio que la idea misma de violencia ha cambiado en el contexto cultural moderno, tanto como su recepción. Las noticias de zonas críticas están siendo gradualmente transformadas en películas de acción vivas, y los resultados de este desarrollo son difíciles de anticipar. Estas cuestiones pertenecen, temo, a la categoría para la cual Jean François Lyotard ha acuñado el término "diferendo", el conflicto insoluble, en el cual ambas partes involucradas hablan lenguajes incompatibles. Parece que el único terreno firme que podemos imaginar para un analista de estas materias es, paradójicamente, el relativismo cultural absoluto, igual respeto por todas las tradiciones culturales.

Por supuesto, es casi imposible encontrar el punto de equilibrio entre la preservación de las herencias culturales y la justificación de los modos tradicionales de opresión institucionalizada, pero esto no significa que podamos ignorar el problema. Las cuestiones controversiales levantadas por el surgimiento de la cultura global son muy incómodas para el contexto de las políticas internacionales y especialmente la integración económica, pero no pueden ser descuidadas o eliminadas. En general debemos darnos cuenta que esto es, ante todo, un problema cultural. Esto es una responsabilidad que sólo los intelectuales pueden tomar. En estos tiempos de sobresimplificación a veces parece casi falta de tacto hacer preguntas sin presentar respuestas simples, fácilmente entendibles. Pero esto es exactamente lo que deberíamos hacer: deberíamos plantear más y más preguntas, especialmente preguntas insolubles y, si hay necesidad, replantear cuestiones eternas, fácilmente olvidadas e incómodas en nuevas formas. Para seguir viviendo en la tierra que se encoge, debemos, en primer lugar, ser escrupulosamente honestos en torno a nosotros mismos, en vez de tratar de imponer, con violencia, nuestros constructos teóricos sobre lo que no entendemos.

Traducción de Hernán G. H. Taboada